



Capítulo 1 - Ese chapaco ya está muerto

En la Taberna de Doña Pascuala

"Ese chapaco ya está muerto... solo que no lo sabe."

La frase se deslizó en la espesura de la taberna como un cuchillo bien afilado. No hubo gritos ni revuelos, apenas un resoplido contenido de los que se sentaban más cerca del fogón, un par de miradas esquivas, y el golpeteo sordo de un vaso dejándose caer sobre la madera vieja.

Yo, Santiago "El Cumpa" Castellon, entré justo a tiempo para oírla. No me sorprendió. En Tarija, las sentencias de muerte se repartían con la misma facilidad con la que doña Pascuala servía el Singani. Miré en derredor, midiendo a los que allí se encontraban, pesando las caras, las intenciones, las sombras.

Me apoyé en el mostrador con parsimonia, sacudiéndome el polvo del sombrero, y dejé caer una risa seca, ronca, que resonó en el aire pesado de tabaco y aguardiente.

—Yo sé que debo plata —solté, sin apuro—, pero muchos de aquí también me deben. Así que no se me hagan los santos, muchachos. Aquí morimos todos.

Hubo algunas risas ahogadas, algún murmullo de complicidad, pero el ambiente seguía espeso. Lo sabíamos. Todos sabíamos lo que significaba aquella frase.

Volví a mirar en derredor, con la lentitud de quien sabe que la muerte nunca tiene prisa, y mi voz se volvió más grave, más pesada.

—Miren esa frase que alguien acaba de lanzar —dije, dejando que las palabras se asentaran en la taberna—. “Ese chapaco ya está muerto...” Cuántos lo han dicho antes, ¿eh? Y cuántos lo dirán de nuevo. Y los tiempos que vivimos ahora, de división, de traiciones y venganzas, son los mismos que ya vivimos hace mucho.

Me acomodé en un banco junto al fogón, con la mirada perdida en las llamas, y tomé un sorbo largo de mi vaso.

—Porque esta historia, amigos míos, no es nueva. No es solo la historia de Juancho "El Taitita" Aramayo. Es la historia de Tarija, la historia de todos nosotros. Y como toda historia de estas tierras, empezó con pólvora, con sangre, con la sombra de la traición cerniéndose sobre el campo como una nube negra antes de la tormenta.

Hice una pausa, dejando que el peso de mis palabras hundiera a los presentes en la memoria de tiempos pasados.

—Porque hubo un tiempo —continué— en que la lucha no era entre bolivianos y argentinos, sino entre patriotas y realistas hace 12 años. Hubo un tiempo en que los chapacos peleábamos por una patria que no sabíamos si iba a ser nuestra, en que los montoneros de Méndez y Avilés combatían en el monte, a la par de los salteños de Güemes, sin saber si el mañana nos traería la libertad o la soga al cuello.

Bajé la voz, casi en un susurro.

—Y en ese tiempo, muchachos, hubo un hombre que creyó que podía escapar de su destino.

Tomé otro sorbo de singani, saboreando el momento antes de soltar el nombre.

—Juancho "El Taitita" Aramayo.

Las miradas se endurecieron. Algunos hicieron el gesto de escupir al suelo, otros inclinaron la cabeza con pesadumbre.

—¿Muerto? —seguí—. Quizás. Pero antes de morir, tuvo que pagar todas sus cuentas. Y de eso se trata esta historia.

La noche se cerró más espesa sobre la taberna, como si el mismo Tarija contuviera el aliento. Y yo, el Cumpa, empecé a contar.

El silencio en la taberna se volvió más denso, como un sudario cayendo sobre la reunión. Doña Pascuala, con su eterno delantal remangado y la mirada de quien ha visto de todo en su vida, servía más vino sin decir palabra. Sabía que cuando el Cumpa hablaba, la historia no era solo cuento de borrachos. Era cosa seria.

Las brasas en el fogón chasquearon con furia, como si la misma noche se impacientara por escuchar el relato.

—Muchos lo quisieron matar —seguí, acariciando el vaso con la punta de los dedos—. Algunos por dinero, otros por odio, otros porque sí nomás, que en estas tierras no se necesitan grandes razones para empujar a un hombre a la tumba.

El vino ardía en la garganta, como un recordatorio de que la vida era corta y amarga, pero la memoria larga y jodida.

—Ese chapaco ya está muerto... solo que no lo sabe —repetí, mirando de reojo al hombre que había lanzado la frase minutos antes. Estaba en una mesa al fondo, con la sombra cubriéndole media cara, pero la otra mitad no ocultaba la media sonrisa del que sabe más de lo que dice.

Tomé aire, dejando que la historia me poseyera, porque cuando uno cuenta estas cosas, no es solo el narrador el que habla: es el tiempo mismo el que se sienta a la mesa.

—No sé si Juancho nació con el destino torcido o si fue la vida la que le cambió la suerte. Pero lo cierto es que, desde joven, ese hombre cargaba la sombra en la mirada. Su piel curtida por el sol del monte, su cabello desprolijo y ese andar de quien nunca se detiene demasiado en un mismo lugar. Se decía que tenía la cara de un viejo antes de que los años lo alcanzaran, como si el tiempo ya lo hubiese marcado antes de nacer.

Me incliné un poco hacia la mesa, bajando la voz como quien confía un secreto.

—Juancho no era cualquier gaucho de a caballo. No, señores. Era patriota, hombre de guerra, montonero de Méndez, peleador en las filas de Avilés. Lo vieron en Suipacha cuando los realistas cayeron, lo vieron en los montes de Tarija, entre los suyos, con su facón listo y la pólvora en la sangre.

El hombre del fondo de la taberna movió la cabeza apenas, como si asentara en silencio. Lo noté, pero no interrumpí la historia.

—Pero ahí donde lo ven —proseguí—, no fue la guerra la que lo mató. No fueron ni los realistas ni los cañones ni las cargas de caballería. No. A Juancho lo mataron los suyos. Lo mató la calumnia, la traición y el destino, que cuando decide que un hombre está marcado, no hay escapatoria.

Apoyé el vaso con un golpe seco en la mesa.

—Y todo comenzó con una mujer.

Algunos murmuraron, otros se persignaron como si aquello fuera más peligroso que la pólvora. En Tarija, todos sabían que el peor enemigo de un hombre no siempre vestía uniforme, sino faldas.

—Francisca Fernández —dije, dejando que el nombre flotara en el aire, pesado como un presagio.

Hubo un silencio largo. Un par de ancianos movieron la cabeza con gesto sombrío. Hasta doña Pascuala dejó de servir por un momento, mirando al suelo como si el recuerdo la atravesara.

—Hija de buena familia —continué—, educada, de buen porte, mirada altiva y corazón bravo. Se decía que había nacido para casarse con un español, con algún hombre de posición, que la llevaría a Potosí o a Salta. Pero no. Se enamoró de un gaucho, de un hombre con más cicatrices que dinero, de un luchador que no tenía más herencia que su cuchillo y su caballo.

Suspiré, sintiendo el peso de lo que vendría después.

—Se amaron con furia. Con esa furia que solo pueden tener los que saben que el mundo está en su contra. Pero, como siempre pasa, la vida se metió entre ellos, y lo que fue amor se convirtió en duda, y la duda en resentimiento, y el resentimiento en odio.

Uno de los hombres junto al fogón escupió al suelo, en un gesto de mal agüero.

—Dicen que fue por dinero —seguí—. Que Juancho mató a un familiar de Francisca y huyó con una fortuna robada. Que la dejó sin explicación, sin una carta, sin una sola palabra, y se perdió entre la guerra y la nada.

—¿Y qué decís vos, Cumpa? —interrumpió un viejo de barba gris, con voz rasposa.

Lo miré directo a los ojos.

—Digo que nada en esta vida es tan simple. Digo que lo que parece una verdad a veces es solo una mentira bien contada. Digo que hay historias que nunca terminan en el primer disparo, sino en el último.

Me serví otro trago de singani y lo levanté, como si brindara con los fantasmas que aún rondaban la taberna.

—Y esta historia, muchachos, está lejos de haber terminado.

La taberna quedó en silencio, con el crujir del viento en las ventanas y el peso de lo no dicho flotando en el aire.

Así comenzaba la caída de Juancho "El Taitita" Aramayo.

Capítulo 2 - Francisca Fernández: La historia de amor

Era Tarija en 1813 y amanecía con su aire tibio y su cielo limpio, como si el viento de la quebrada barrierá las penas de la noche anterior. Pero no había viento capaz de limpiar el rencor cuando se metía en el alma. Y Francisca Fernández lo tenía en la sangre.

Vestida con sus mejores ropas, sentada junto a la ventana de su casa solariega, observaba la ciudad como quien mira un campo de batalla. Su porte seguía siendo altivo, su mirada firme, pero ya no era la muchacha ilusionada de antes. A sus espaldas, la casa de su familia se sostenía como un vestigio de tiempos mejores, con paredes que habían escuchado más lágrimas que risas en los últimos años.

Desde que Juancho se fue, ella nunca volvió a ser la misma.

—Señorita... —su criada, una cholita de edad avanzada, se acercó con cautela—. Le traje el matecito.

Francisca apenas giró el rostro, aceptando la taza sin emoción. Sus manos estaban frías, aunque el sol ya calentaba las calles.

—Gracias, Tomasa.

La mujer se quedó un momento en silencio, observando a su patrona con la paciencia de quien la ha visto llorar en las madrugadas, creyendo que nadie la escuchaba.

—Soñó con él otra vez, ¿no?

Francisca la miró con dureza.

—¿Y si así fuera?

Tomasa bajó la cabeza, removiendo un poco las cenizas en el brasero.

—Dicen que los muertos siempre visitan en sueños a los que dejaron asuntos pendientes...

Francisca apretó los labios, con rabia, con tristeza.

—Juancho Aramayo no está muerto.

Tomasa hizo la señal de la cruz.

—Entonces... peor. Porque si no está muerto, ¿por qué nunca volvió?

La pregunta quedó flotando en la habitación. Francisca apretó la taza entre las manos.

¿Por qué?

Esa era la pregunta que la atormentaba cada noche, la que le carcomía el alma.

Cuando Juancho se fue, no dejó carta, no dejó mensaje. Solo una sombra en la memoria y una acusación que nadie se molestó en explicar.

—Dicen que mató al tío de su amada... —susurraban en las esquinas, entre el murmullo del mercado y las veladas de la alta sociedad.

—Dicen que robó una fortuna y se largó con los patriotas...

—Dicen que la dejó por otra mujer...

Dicen. Dicen. Dicen.

El veneno de las palabras la envenenó más que cualquier daga.

Los ojos de Francisca se llenaron de sombras.

—Si realmente robó... si realmente mató... —su voz se volvió un susurro, un eco de lo que sentía—, que la justicia lo encuentre.

Tomasa la miró de reojo, con ese instinto de vieja sabia que entendía cosas sin necesidad de explicaciones.

—¿Y si no fue él?

Francisca soltó una risa amarga.

—Si no fue él, entonces alguien hizo que todos lo creyéramos.

Se levantó, alisándose el vestido con gesto automático.

—Pero ya no importa, Tomasa. No más.

La vieja la miró con desconfianza.

—¿Por qué dice eso, niña?

Francisca se giró hacia la ventana, contemplando la ciudad con una expresión vacía.

—Porque si él no está muerto... entonces lo estará pronto.

Tomasa sintió un escalofrío.

La patrona no hablaba por hablar.

Alguien iba a morir.

Y en Tarija, cuando una mujer como Francisca juraba algo, el destino siempre encontraba la forma de obedecer.

La tarde caía sobre Tarija con un cielo dorado, y la ciudad respiraba con esa calma engañosa que solo los ingenuos podían confundir con paz. Francisca paseaba por el corredor de su casa, sintiendo en la yema de los dedos la rugosidad de las columnas de piedra. Eran firmes, inquebrantables. Como ella. Como debía ser.

Había aprendido a callar el dolor, a convertir la espera en rabia. Pero la noche traía recuerdos, y los recuerdos traían imágenes de Juancho. No el forajido que todos decían que era, sino el hombre que ella conoció.

La primera vez que lo vio, él tenía el cabello despeinado y una risa insolente, apoyado contra una carreta como si el mundo fuera suyo. Y quizás lo era. Porque él tenía algo que los otros no: el descaro de un hombre que nunca pidió permiso para existir.

Y ella, contra todo juicio, contra toda prudencia, se enamoró de él.

—Señorita... —la voz de Tomasa la sacó de su ensimismamiento—. Vino don Ignacio.

Francisca sintió el estómago apretarse.

—Dile que pase.

El hombre que entró a la galería tenía un porte elegante y un rostro serio. Ignacio Rodríguez, primo de Juancho, caminaba como si todo le perteneciera, con esa seguridad fría que solo tienen los que se creen con derecho a dictar el destino de otros.

—Francisca. —Se inclinó levemente, sin perder esa rigidez suya.

—Ignacio. —Su voz fue neutra, medida.

Se sentaron en la mesa del patio. La criada trajo una jarra de jugo de naranja y los dejó solos.

—Espero no molestar —dijo Ignacio, observándola con un interés estudiado.

—No lo haces. —Ella tomó la copa, pero no bebió—. ¿Qué te trae por aquí?

Ignacio jugó con su vaso, como si meditara la respuesta.

—Noticias.

Francisca no se inmutó.

—¿Sobre qué?

—Sobre Juancho.

Su corazón se aceleró, pero su rostro se mantuvo impassible.

—¿Qué hay de él?

Ignacio apoyó la copa sobre la mesa con suavidad.

—Está vivo.

La frase quedó suspendida en el aire, como una hoja a punto de caer.

Francisca entrecerró los ojos.

—Eso ya lo sabía.

Ignacio sonrió, pero no con calidez.

—Sí... pero lo que no sabías es que está de vuelta en estas tierras.

Francisca sintió un vacío en el pecho, un torbellino de emociones que no dejó que se reflejaran en su rostro.

—¿Dónde?

—En Orán. Pero no tardará en volver a Tarija.

Francisca se recargó en el respaldo de la silla, con la mente en un torbellino.

—¿Y qué se dice de él?

—Que carga con su sombra —dijo Ignacio, con esa voz calculadora—. Que hay hombres buscándolo. Que su nombre todavía despierta murmullos en las tabernas.

Francisca lo miró con frialdad.

—¿Y tú qué dices, Ignacio?

Él la observó con detenimiento, como midiendo sus palabras.

—Digo que los muertos deberían quedarse muertos.

Hubo un silencio tenso.

Francisca sintió un escalofrío recorrerle la espalda, pero no dejó que su voz temblara.

—Si él vuelve... será para buscar algo.

Ignacio sonrió, como si le divirtiera su respuesta.

—Tal vez. O tal vez solo quiere seguir respirando un poco más antes de que lo encuentren.

Ella mantuvo la compostura, pero algo en sus entrañas se retorció.

Juancho está aún vivo.

Y si lo que Ignacio decía era cierto... no volvería solo para mirar el pasado.

Volvía porque aún tenía asuntos pendientes.

Y ella también.

Capítulo 3 - Ignacio Rodríguez y Antonio de la Torre

El sol bajaba lento tras los cerros, tiñendo de rojo los tejados de las casonas coloniales y alargando las sombras de los pocos que aún circulaban por la plaza. Tarija seguía siendo la misma ciudad polvorienta que Ignacio recordaba de su infancia, pero ahora la veía con otros ojos.

Después de años en Potosí, Tarija le parecía un pueblo dormido, estancado en el tiempo.

Las calles eran demasiado estrechas, demasiado silenciosas. No tenía la opulencia de la Villa Imperial, donde las campanas de las iglesias resonaban sobre un mar de tejados dorados por la plata, donde las minas nunca dormían y donde cada hombre parecía ocupado en hacerse rico o en morir intentándolo.

Aquí, en cambio, la gente caminaba con la mirada baja, con la prudencia de quien sabe que cualquier palabra mal dicha puede costarle la vida. Tarija olía a vino, a tierra húmeda y a leña quemada. Potosí olía a metal, a azufre y a ambición.

Potosí era despiadada, pero predecible. En la montaña, el oro y la traición iban de la mano, pero al menos nadie fingía ser otra cosa. Tarija, en cambio, estaba envuelta en una guerra de sombras. Realistas, patriotas, oportunistas. Nadie decía lo que realmente pensaba.

Ignacio chasqueó la lengua con fastidio mientras guiaba su caballo por las calles empedradas. Aquí, la traición se cocía a fuego lento.

Había llegado a la ciudad días antes y, como buen Rodríguez, ya había movido sus primeras piezas. Primero, visitar a Francisca.

La muchacha había cambiado. Ya no era la jovencita mimada que recordaba, sino una mujer endurecida por los años y por el rencor. Sus palabras habían sido frías, casi cortantes, cuando le preguntó por Juancho.

—Si estás aquí buscándolo, no sos el único —le había dicho ella, con el ceño fruncido.

Ignacio se había marchado sin presionarla más. Sabía que Francisca aún guardaba algo, algo que tarde o temprano tendría que soltar. Pero no era momento de insistir. Primero, debía asegurarse de que tenía aliados en Tarija.

Por eso ahora se dirigía a la casona de Antonio de la Torre.

Cabalgó por la calle principal, observando las casas encaladas y los hombres de mirada desconfiada que fumaban en los umbrales. La guerra había cambiado Tarija. Se sentía en la tensión del aire, en la forma en que la gente evitaba decir demasiado en público. Los realistas aún dominaban la región, pero los patriotas estaban en todas partes, esperando el momento de golpear.

Se detuvo frente a una casona de tejas rojas. Allí vivía Antonio de la Torre, comerciante, prestamista y, sobre todo, un hombre que siempre sabía de qué lado giraba el viento.

Ignacio desmontó y golpeó la pesada puerta de madera.

—¡Voy! —se oyó una voz desde adentro.

Unos segundos después, un criado mestizo le abrió con cautela.

—Señor Rodríguez, el amo lo espera.

Ignacio entró sin responder, cruzando un zaguán fresco y oscuro, donde el olor a tabaco y cuero llenaba el aire. Los realistas de Tarija se reunían en casas como esta, en tertulias que mezclaban política con negocios sucios.

Antonio de la Torre estaba sentado en un sillón de madera tallada, con una copa de vino en la mano. Vestía con elegancia, pero su postura era relajada, como la de un hombre que nunca se desesperaba.

—Bienvenido a Tarija, don Ignacio. —Su voz era suave, calculadora—. Me sorprende verlo por estas tierras.

Ignacio tomó asiento sin esperar invitación.

—No me sorprende que ya supieras que venía, de la Torre. Siempre con los oídos abiertos.

El comerciante sonrió con una calma irritante.

—Es mi trabajo saberlo todo. Y en estos tiempos, la información vale más que el oro de Potosí.

Ignacio chasqueó la lengua.

—Hablando de oro... estoy aquí por un asunto familiar.

Antonio se inclinó ligeramente, fingiendo interés.

—¿Asunto familiar?

—Mi primo, Juancho Aramayo.

El comerciante alzó una ceja, pero no parecía sorprendido.

—Ah, Juancho... ese nombre sigue flotando por Tarija como un mal presagio. ¿Qué lo trae a buscarlo?

Ignacio apretó la mandíbula.

—Algo que me pertenece.

Antonio bebió un sorbo de vino y lo observó con una sonrisa indescifrable.

—¿A qué te referís?

Ignacio entrecerró los ojos. Se inclinó un poco hacia adelante, con un tono más confidencial.

—Don Antonio, permítame contarle algo que he observado. Mi primo, ese hombre tan... distraído, tiene unos terrenos cerca de Tupiza, pasando los valles de Cinti y las tierras de Chichas. Allí, cerca del río Pilcomayo, hay unos cerros blancuzcos llenos de una piedra peculiar, blanquecina y dura.

Antonio alzó una ceja, curioso.

—¿Y qué tiene de interesante una piedra, Rodríguez?

Ignacio sonrió con autosuficiencia.

—Yo vengo de Potosí, don Antonio. Sé reconocer una veta cuando la veo. Esa piedra podría ser caliza o tal vez algo mejor, algo que se use en construcción, en fundiciones... Quién sabe, tal vez haya plata bajo esos cerros. Mi primo, en su inocencia, ni siquiera se ha fijado en lo que tiene.

Hizo una pausa para dejar que la idea se asentara en la mente de Antonio.

—Si no fuera por su presencia, esos terrenos podrían pasar a mí, y entonces... bueno, usted y yo podríamos hacer algo provechoso. ¿Qué le parece, don Antonio? ¿Le interesaría explorar esta oportunidad juntos?

Antonio dejó que el silencio se alargara, observando a Ignacio con ojos afilados. Luego, sonrió con la paciencia de un hombre que ha tratado con muchos imbéciles antes.

—Ah, Rodríguez... siempre pensando en el futuro.

Bebió otro sorbo de su copa y luego la giró entre los dedos.

—Mira, estoy más que interesado. Pero sabés bien que Tarija no es como Potosí. Aquí la lealtad cambia según el día. Los realistas aún dominan, pero los patriotas están en todas partes, como ratas en la oscuridad. Yo conozco ambas partes y puedo aplanarte el camino para que las únicas consecuencias que tengas para ejecutar tu plan solo sean los beneficios que obtengamos de nuestra empresa de Cal.

Ignacio se inclinó hacia él.

—Vos solo asegurate de que la gente correcta aún tenga esa imagen de Juancho.

Antonio sonrió, asintiendo levemente.

—Eso no será problema.

Ignacio se puso de pie, dándole una última mirada a Antonio.

—Me quedo en la posada de la plaza. ¿Cuándo podemos avanzar en el tema? Y si sabés algo más, hacéme lo saber.

Antonio sonrió con la misma calma con la que un comerciante observa a un comprador desesperado.

—Tranquilo, don Ignacio. Cuando tenga algo que decirle, se lo haré saber. Y será en un lugar más... discreto.

Ignacio lo miró con recelo.

—¿Dónde?

Antonio tomó su copa y bebió un sorbo lento antes de responder:

—Espere mi mensaje. Yo le haré llegar la dirección.

Ignacio salió sin más, con el peso de la incertidumbre sobre sus hombros.

Cuando la puerta se cerró, Antonio dejó la copa sobre la mesa y soltó una leve carcajada.

Se giró hacia su criado y le hizo una seña.

—Buscá a don Echeverría. Decile que esta noche tenemos un asunto que discutir.

El criado asintió y desapareció por el pasillo.

Antonio de la Torre tomó su copa de vino y la levantó en un gesto solitario.

No importaba quién ganara entre Ignacio y Juancho.

Él ya había ganado.

Capítulo 4 - Pedro "Pata de Llama" Zambrana

Por otro lado, en Jujuy. Pero el Jujuy que yo vi en aquellos años, cuando la guerra aún hacía temblar la tierra y la vida valía menos que una bala bien puesta. No era un lugar para débiles. —Narra el Cumpa.

Era una tierra dura, golpeada por la guerra, por el hambre y por los pasos incesantes de los ejércitos que iban y venían, dejando solo polvo y muerte a su paso. Cuando uno llegaba a Jujuy, lo primero que sentía era el viento, un viento seco que venía desde las quebradas, cargado con el olor a tierra caliente y a pólvora quemada. A veces, cuando soplaba con fuerza, se podía escuchar el quejido de la ciudad misma, como si las piedras recordaran las batallas que allí se habían librado.

Las calles de Jujuy eran angostas y polvorientas, con casas de adobe apretadas unas contra otras, como si quisieran protegerse del destino incierto de aquellos tiempos. El sol pegaba fuerte en los techos de teja roja, y la gente caminaba con el rostro endurecido, con la mirada baja, como quien sabe que en cualquier momento todo puede irse al demonio.

Los gauchos montaban sus caballos con la fiereza de quien ya no espera nada más que la próxima batalla. En cada esquina se hablaba de guerra, de quién había caído, de quién se había vendido. No había fiesta sin vino ni duelo sin cuchillo, porque en Jujuy, la vida y la muerte eran hermanas gemelas y caminaban juntas por las mismas calles empedradas.

La plaza central, que en otros tiempos debía haber sido un lugar de reunión pacífica, era un escenario de advertencia. Ahí colgaban los cuerpos de los ajusticiados, de los traidores, de los caídos. Algunos realistas, otros patriotas. Porque en esta guerra, la línea entre la lealtad y la traición era más delgada que el filo de un facón bien afilado.

Por las noches, Jujuy era aún peor. No había ciudad que pudiera dormir tranquila cuando la guerra la rondaba como una bestia hambrienta. Las calles se llenaban de sombras, de murmullos, de soldados borrachos que hablaban demasiado fuerte de secretos que no debían revelarse. Y en medio de todo eso, estaban los espías, los desertores, los que sabían que con la información correcta podían comprar su vida a costa de la de otros.

Pero lo peor no era eso.

Lo peor era el silencio.

Porque cuando Jujuy se quedaba en silencio, cuando ni siquiera los perros ladraban en las calles de adoquines, significaba que algo estaba por pasar. Y en aquellos días de 1813, muchachos, algo siempre estaba por pasar.

Y en medio de ese infierno estaba Pedro "Pata de Llama" Zambrana, con el rostro endurecido por las derrotas, con el peso de la guerra sobre sus hombros, recordando lo que había pasado un año antes en Tarija.

Pero eso... eso se los dejo a él y es así como me lo contó:

El aire en el campamento estaba cargado de polvo y resignación. Cada sorbo de mate bajaba amargo, como si el recuerdo de la derrota lo espesara en la garganta. Yo ya no tenía dudas de que alguien nos había vendido aquella mañana en Tarija, y cada vez que cerraba los ojos, veía el humo de los cañones, la sangre en la tierra y los rostros de los que no volvieron. Pero sobre todo, veía a Juancho desapareciendo antes del primer disparo.

—No me gusta esto... —murmuré, más para mí mismo que para Montiel.

Montiel, un viejo guerrero curtido por años de lucha, se acercó lentamente. Con una mirada cansada y sabia, dejó su copa sobre la mesa, y su voz rasposa cortó el aire.

—¿Desde cuándo te gusta algo, Zambrana? —dijo, con un dejo de ironía, mientras su mirada recorría el campamento.

—Desde que sé que nos están vendiendo —respondí, mirando con furia al sargento, quien ahora lo observaba en silencio.

Respiré hondo y solté las palabras como si escupiera veneno.

—Voy a contarte cómo se siente el infierno, Montiel.

En el campamento patriota en Tarija el Febrero de 1812.

No dormimos esa noche. Nadie duerme cuando sabe que puede amanecer muerto.

Moto Méndez tenía el ceño fruncido, como si la rabia lo sostuviera en pie. A su lado, los hombres que lo seguíamos formábamos un semicírculo en torno al fuego. Güemes había mandado refuerzos desde Salta, pero la mayoría éramos Montoneros de Tarija, curtidos en la guerra, luchadores sin más escudo que la piel endurecida y la fe en nuestra causa.

La orden era clara: atacar al amanecer, destruir las provisiones realistas y desaparecer en las quebradas.

—No van a saber qué los golpeó —murmuró Méndez, con esa voz suya de hombre al que el destino ya no puede torcer.

Miré a Juancho en la penumbra, y algo me revolvió las entrañas. Estaba callado, demasiado callado. No era el mismo que conocía desde la infancia, el que reía con descaro antes de una pelea. No me miró en toda la noche.

Cuando partimos, el cielo apenas clareaba. El aire era fresco, cargado con el olor a tierra mojada. Cabalgábamos en fila, en silencio. Podía escuchar el jadeo de los caballos, el chirrido de los aperos. Las sombras se estiraban sobre la llanura, como presagios alargados.

La orden era interceptar la caravana realista en la entrada a Tarija. La trampa era simple: bloqueábamos el camino con árboles caídos, prendíamos fuego a las carretas y atacábamos en la confusión.

Todo se fue a la mierda antes del primer disparo.

El primer cañonazo no nos dio tiempo ni de entender qué pasaba. La explosión levantó una nube de tierra y carne, y los caballos se encabritaron con los ojos blancos de terror. Nos habían estado esperando.

—¡Nos vendieron! —gritó alguien.

Lo supe en ese instante. No había sido un error. No habían adivinado nuestro plan. Nos esperaban porque alguien les dijo exactamente dónde y cuándo atacar.

Los fusileros realistas estaban en la colina, parapetados tras sacos de arena. En el centro de la formación, con su uniforme impecable y su porte de conquistador, el coronel José de la Serna dirigía la masacre con la calma de un hombre que ya había ganado.

Los nuestros cayeron en segundos. Un muchacho de diecisiete años, que apenas había empuñado un sable en su vida, fue alcanzado en el pecho y cayó de su montura antes de que pudiera gritar. No hubo batalla, solo matanza.

Y en medio de todo, yo busqué a Juancho.

Pero Juancho no estaba.

Me revolví en la silla de montar, esquivando las balas, intentando encontrarlo entre el polvo y la sangre. Nada.

Entonces recordé su rostro en el campamento la noche anterior. Esa mirada perdida. Esa sensación de que estaba en otro lado. El hijo de puta ya sabía lo que iba a pasar.

Me dieron ganas de gritar, de buscarlo a punta de cuchillo en medio del combate. Pero no había tiempo. Los realistas nos estaban aniquilando.

Moto Méndez cayó herido de un bayonetazo en el hombro y gritó la orden de retirada. Los que pudimos, huimos hacia la quebrada, con el estruendo de los cañones en la espalda.

No sé cómo sobreviví. La pólvora me cubría la cara, las balas zumbaban como moscardones furiosos. Mi caballo estaba herido, mi brazo sangraba.

Pero la herida más grande no era de acero ni de pólvora.

Cuando llegué a la colina, cuando vi a los patriotas muertos en la tierra caliente, a los que sobrevivimos con los ojos llenos de rabia e impotencia, lo supe.

Juancho nos había entregado.

El ataque fallido cambió el curso de la lucha en Tarija.

Los realistas no solo mantuvieron sus provisiones intactas, sino que las reforzaron. En vez de debilitarse, se hicieron más fuertes. Moto Méndez, herido y furioso, tuvo que replegarse. Güemes, en Salta, se quedó sin los refuerzos que esperaba.

En Tarija, la represión fue brutal. Los realistas colgaron a los prisioneros en la plaza principal, dejaron sus cuerpos como advertencia. Las casas de los simpatizantes patriotas fueron saqueadas.

Y Juancho no estaba allí para verlo.

No. Él estaba a salvo, escondido en algún rincón oscuro, con las manos manchadas de la sangre de los suyos.

Apreté los dientes y volví a la realidad. El mate sabía a ceniza en mi boca.

—No sé, Pedro... Ese muchacho nunca me pareció traidor. Loco, sí. Imprudente, también. Pero traidor... no lo creo. —dijo Montiel, volviendo a la conversación con cautela, mientras Pedro se perdía nuevamente en los recuerdos de la batalla.

—A mí tampoco me lo parecía, pero las acciones hablan... —Dejé las palabras flotando en el aire, como si no pudiera quitármelas de encima.

—Si realmente se vendió en Tarija... no vivirá mucho tiempo. —murmuró Montiel.

Me puse de pie, sintiendo el peso de la traición en mis hombros.

¿Se había vendido por dinero? ¿Estaba tan desesperado por tener una vida mejor que había traicionado a sus amigos, a la causa? Yo sabía que Juancho podría estar necesitando dinero para casarse con Francisca. ¿Era posible que el hambre de futuro, la desesperación por mejorar, hubiera sido la motivación de Juancho para traicionar? La guerra cambia a la gente. Y cuando hay hambre y una mujer de por medio... los principios se van a la mierda.

El recuerdo de cuando éramos niños me golpeó como una bofetada.

Juancho y yo, apenas unos changuitos en San Lorenzo, dos demonios sueltos. No había tejado que no hubiéramos trepado ni caballo ajeno al que no hubiéramos echado mano.

Pero esa tarde fue distinta.

Robamos manzanas del huerto de don Gálvez, y el viejo nos vio. Nos corrió con su rifle, disparando al polvo.

Corrimos por los callejones hasta que mi pie resbaló en el barro. Caí de cara al suelo. Un dolor agudo me atravesó el tobillo.

—¡Corré, Juancho! —le grité.

Pero él no corrió.

El volvió, se agachó y me jaló del brazo.

—No seas boludo, Pedro. Yo siempre voy a volver por vos.

Echándome el brazo al hombro, me arrastró hasta un muro de adobe. Nos lanzamos detrás justo cuando otro disparo sonaba. Y ahí, entre el polvo y el miedo, nos reímos como idiotas.

Ese era el Juancho que yo conocía. El que no dejaba atrás a los suyos.

Los años pasaron.

La guerra los cambió.

Y ahora me pregunto si Juancho seguía siendo el mismo.

O si ya estaba muerto y no lo sabía.

—¿A dónde vas? —preguntó Montiel.

Pedro no respondió de inmediato. Se quedó un segundo en silencio, con la sombra de su sombrero cubriéndole los ojos. Luego escupió al suelo, con la misma amargura con la que escupía la duda de su pecho.

—Si me equivoco, me va a doler menos enterrarlo que seguir dudando de él.

Y sin mirar atrás, montó su caballo y se perdió en la noche.

El Cumpa Castellon dejó que las palabras flotaran en la taberna antes de romper el silencio con un resoplido.

—Así fue, muchachos —murmuró, dando un sorbo a su singani—. Pedro Zambrana salió de Jujuy con la verdad metida entre ceja y ceja... y con el cuchillo listo por si esa verdad tenía el rostro de un traidor.

Un murmullo recorrió la taberna. Alguien chasqueó la lengua, otro acomodó el facón sobre la mesa. El aire estaba pesado.

El viejo narrador se inclinó hacia la luz titilante de la vela y siguió:

—Se lo llevó la guerra... pero esta vez, no a un campo de batalla, sino a un duelo con la verdad. Porque cuando el destino te planta una pregunta en el alma, no hay camino de regreso hasta encontrar la respuesta.

Y Pedro fue a buscarla con un cuchillo en la mano.

Capítulo 5 - Reencuentro en Orán: Juancho y Joaquín "El Tucumano" Alurralde

Orán tenía el aire pesado de las ciudades que nunca duermen. Su plaza era bulliciosa de día, con mercaderes y soldados mezclados en el ir y venir de la vida. Pero de noche, los callejones se volvían traicioneros, y las sombras podían esconder tanto a un amante como a un asesino.

Juancho caminaba con paso ágil, el poncho sobre los hombros y la pistola a la cintura. Llevaba días en la región, moviéndose con cautela, esperando un momento para cruzar la frontera de vuelta a Tarija.

Pero no había dado dos pasos fuera de la fonda donde se alojaba cuando sintió el primer golpe.

Fue rápido, certero, directo al estómago.

Juancho gruñó y trató de girar, pero el segundo golpe le dobló la pierna.

Cayó sobre una rodilla, sintiendo el frío del empedrado en la piel.

—Mierda... —murmuró entre dientes.

—Vaya, vaya... —dijo una voz burlona desde las sombras—. No esperaba que cayeras tan fácil, paisano.

Juancho alzó la vista con un gesto fiero.

El hombre que tenía delante era un realista, sin duda. Uniforme desabrochado, sable en la cadera, la confianza estúpida de los que se creen invencibles.

—Tenés precio sobre la cabeza, Aramayo —continuó el soldado—. Y yo tengo ganas de cobrarlo.

Juancho le escupió sangre a los pies.

—Andate a la mierda.

El realista sonrió, pero no llegó a moverse.

Porque en ese instante, un disparo rasgó la noche.

El soldado cayó de boca abajo, con un agujero en el pecho.

Y tras él, emergió de la penumbra una figura delgada, con el sombrero ladeado y la pistola aún humeante.

—Tanto quilombo por un chapaco con mala suerte... —murmuró Joaquín “El Tucumano” Alurralde, metiendo la pistola en la faja—. ¿Te levantás solo o te doy una mano?

Juancho, aún aturdido, extendió la mano.

El tucumano lo ayudó a ponerse de pie.

—¿Qué mierda hacés acá, Joaquín?

El hombre sonrió.

—Salvándote el pellejo, parece.

Juancho se sacudió el polvo y escupió de nuevo.

—No te pedí que me salvaras.

El tucumano se encogió de hombros.

—Pero lo hice igual. Ahora me debés una.

Juancho lo miró con cautela. Joaquín siempre había sido una figura ambigua, un hombre con más misterios que certezas. Y ahora, aparecía justo en el momento oportuno.

Demasiada coincidencia.

Después de la pelea, los dos huyen a caballo, alejándose de la ciudad.

El sol ya caía sobre los cerros, tiñendo la tierra de un rojo profundo. El galope de sus caballos levantaba polvo en los caminos de Orán, y el viento caliente secaba el sudor y la sangre en sus rostros.

Después de un rato, el silencio se rompió.

—Si no arreglás tus asuntos en San Lorenzo —dijo el tucumano con tono casual—, te van a matar antes de que llegues a viejo.

Juancho entrecerró los ojos.

—¿De qué hablás?

El tucumano le sostuvo la mirada, dejando de lado la sonrisa.

—Dicen que fuiste el traidor en el ataque a Tarija del año pasado. Que entregaste a los tuyos.

Juancho sintió que la sangre le hervía.

—Eso es mentira.

El tucumano no apartó la vista.

—No importa si es mentira o verdad, Juancho. Lo que importa es que la gente lo cree.

Juancho apretó los puños.

—¿Y quién carajo anda diciendo esas cosas?

El tucumano ladeó la cabeza.

—Yo que sé, amigo.

El golpe de esa situación fue más fuerte que cualquier puñetazo.

Juancho sintió la rabia crecer en su pecho.

—Ese malnacido de mi primo debe ser...

—Ese malnacido se pasea por Tarija como si nada. —El tucumano sonrió de lado—. Y si querés limpiar tu nombre, te va a tocar volver y enfrentarlo.

Juancho respiró hondo, tratando de contener la furia.

Sabía que Ignacio le guardaba rencor.

Sabía que era un hijo de puta.

Pero jamás pensó que llegaría tan lejos como para acusarlo de traición.

Se giró hacia Joaquín.

—¿Y vos? —preguntó con recelo—. ¿Por qué mierda apostás por mí?

Joaquín sonrió apenas.

—Porque sé quién sos, Aramayo. Te vi pelear en Suipacha.

Joaquín "El Tucumano" Alurralde observó a Juancho en silencio, dejando que la verdad de sus palabras se asentara. La noche de Orán seguía espesa, cargada de humo de tabaco y el lejano bullicio de la taberna. Juancho aún apretaba los puños, digiriendo la noticia.

Juancho entrecerró los ojos.

—¿Y qué con eso?

El tucumano se pasó una mano por la barbilla, su mirada se perdió por un instante en la oscuridad de los callejones.

—Suipacha... —murmuró, casi con nostalgia—. Esa fue la primera vez que los realistas temblaron de verdad. Y ahí estabas vos, peleando como un demonio.

Juancho no respondió. Porque Suipacha no era solo una batalla.

Era una cicatriz.

Juancho empezó a recordar Suipacha ese 7 de noviembre de 1810.

La mañana se alzó gris sobre las colinas de Tupiza. El ejército patriota avanzaba con cautela, sus filas irregulares, formadas por gauchos, mestizos y criollos que nunca habían pisado un campo de batalla en formación. Pero sus corazones latían con furia. La furia de la represión, de los abusos, de los impuestos del virreinato que ahogaban a sus pueblos.

El comandante Antonio González Balcarce cabalgaba al frente, flanqueado por Juan José Castelli y el coronel Juan Martín de Pueyrredón. En la retaguardia, hombres como Martín Miguel de Güemes esperaban con sus montoneras listas para emboscar al enemigo.

Del otro lado, el comandante realista José de Córdoba y Rojas tenía ventaja en disciplina y armamento. Sus tropas eran veteranas de la guerra en Europa, soldados endurecidos por la campaña napoleónica. Pero había algo que él no entendía: la guerra en América no se peleaba como en los campos de España. Aquí, el terreno dictaba las reglas, y los patriotas sabían leerlo como si fuera un libro abierto.

Juancho Aramayo y Joaquín Alurralde se conocieron esa madrugada, cuando el frío aún mordía los huesos y el alba pintaba de rojo el cielo.

—¿Sos tarijeño, no? —le preguntó el tucumano mientras acomodaba la bayoneta en su mosquete.

—¿Y vos tucumano? —replicó Juancho con sorna.

El hombre rió, revisando su facón.

—Somos dos condenados en este infierno, paisano.

Y vaya que lo eran.

La batalla comenzó con un estruendo. Los patriotas, en su mayoría inexpertos, avanzaron con todo lo que tenían. Las líneas realistas los recibieron con una lluvia de plomo. Hombres y caballos cayeron en los primeros minutos, pero la furia del pueblo los sostuvo.

Juancho luchó con la sangre hirviendo, su sable chocando contra bayonetas y aceros extranjeros. Joaquín peleaba a su lado, disparando y cortando con la brutalidad de quien sabe que la muerte es la única opción si retrocede.

Entonces, sucedió.

Los Montoneros de Tarija y de Salta, liderados por los hermanos Padilla y las tropas de Güemes, atacaron los flancos realistas como lobos hambrientos. Se infiltraron entre las líneas, degollando soldados, destruyendo la moral enemiga. Los oficiales realistas gritaban órdenes, pero el miedo ya se había apoderado de sus tropas.

José de Córdoba y Rojas, confiado en su victoria, se vio de repente rodeado. Sus hombres comenzaron a desertar.

El golpe final lo dio un joven teniente patriota, que alzó su sable y gritó:

—¡A degollar, carajo!

El campo de batalla se convirtió en un matadero. Los patriotas no dieron cuartel. Los soldados realistas tiraron sus armas, algunos huyeron, otros cayeron de rodillas pidiendo clemencia. Córdoba y Rojas fue capturado junto con sus oficiales.

La noticia de Suipacha voló como pólvora por todo el Virreinato. Era la primera victoria verdadera de los rebeldes sobre el poder español.

Para Juancho y Joaquín, era el día en que dejaron de ser simples hombres y se convirtieron en soldados.

Volviendo a Orán en 1813...

Joaquín sacudió la cabeza, volviendo al presente.

—Ese día aprendí quién sos, Aramayo. No sos un traidor. Un cabrón con mal genio, sí. Pero no un traidor.

Juancho lo miró en silencio.

Porque sabía que el tucumano decía la verdad.

Pero también sabía que, en la guerra, la verdad no importaba una mierda.

Lo único que importaba era sobrevivir.

—Pero entonces... ¿por qué mierda te acusan? —Joaquín le soltó la pregunta, pasó una mano por su cabello revuelto.

—Porque alguien quiere verme enterrado.

Joaquín entrecerró los ojos.

—¿Mi primo?— Juancho continuó— Siempre quiso mi desgracia. Creció odiándome, odiando a mi padre, odiando que yo tuviera lo que él no podía tener.

Si no era su primo quien podría ser...

¿Quién carajo quería verlo muerto?

Juancho se terminó de acomodar, pensativo.

Y para eso, tendría que volver a Tarija y ajustar cuentas con su propio pasado.

—Bueno, gracias por lo de hoy, no dudes de pedirme alguna ayuda, no me gusta deber favores, Joaquín —dijo Juancho, sin mirarlo.

El Tucumano sonrió, ajustando las riendas.

—No te preocupés, Taitita. Me vas a pagar el mío con compañía.

Juancho alzó una ceja.

—¿A dónde vas?

—También tengo que ir a Tarija, a San Lorenzo para ser más preciso. Llevo un mensaje.

Juancho lo observó con más interés.

—¿De quién?

Joaquín sonrió con calma.

—Un hombre que ha peleado por esta tierra como pocos. Martín Miguel de Güemes.

Juancho sintió que el nombre lo golpeaba como un balde de agua fría.

—Así que estás metido en las cosas grandes, ¿eh?

—Todos estamos metidos en lo mismo, Juancho. O peleamos, o nos entierran.

Cabalgaban a paso tranquilo cuando Joaquín soltó, como si hablara para sí mismo:

—¿Sabés qué es lo que más me revienta? Que los realistas siempre nos llaman traidores.

Juancho chasqueó la lengua.

—Para ellos, lo somos.

—¡Y qué mierda saben ellos de lealtad! —soltó el Tucumano, encendiendo su voz—. Lealtad es a la tierra que nos vio nacer, no a un rey que nunca pisó estas pampas.

Juancho lo miró de reojo.

—No te hacía tan hablador.

Joaquín rió con sorna.

—Mirá, Taitita, la guerra no es solo de sables y fusiles. También es de ideas. Si no sabemos por qué peleamos, entonces somos solo una tropa de matones a sueldo.

El viento agitó sus ponchos mientras el Tucumano continuaba:

—Nos han llamado salvajes, rebeldes, asesinos... Pero nosotros somos los que vivimos aquí, los que trabajamos esta tierra, los que sangramos por ella. ¿Y quién carajo es ese rey para decirnos cómo debemos vivir?

Juancho permaneció en silencio. Las palabras del Tucumano resonaban más fuerte de lo que quería admitir.

Después de un rato, Joaquín le dio una palmada en la espalda.

—Vamos, Taitita. Si vas a San Lorenzo, acompañame. Siempre es mejor cabalgar con alguien que no quiera meterte un puñal en la espalda.

Juancho rió con amargura.

—Eso decís ahora.

Joaquín le guiñó un ojo.

—Te lo juro por la patria, hermano.

Y con eso, su viaje juntos comenzó.

Capítulo 6 – El regreso a San Lorenzo

El camino a San Lorenzo se extendía como una herida abierta sobre la tierra. El polvo se levantaba en volutas doradas bajo las patas de los caballos, y el sol, alto y despiadado, rajaba la piel como un cuchillo. Juancho cabalgaba con la mandíbula apretada, la vista fija en el horizonte. A su lado, Joaquín "El Tucumano" Alurralde mantenía el mismo ritmo, con la postura relajada de quien parece no temerle a nada.

—No te veo muy entusiasmado de volver a casa —soltó el tucumano, encendiendo un cigarro con la parsimonia de un hombre que no tiene prisa por llegar a ningún lado.

Juancho bufó.

—No es casa lo que me espera, Alurralde. Es una puta emboscada.

El tucumano rió, echando el humo al viento.

—Si no te mataron antes, será que el destino te tiene reservado algo más interesante.

Juancho no contestó. San Lorenzo ya se dibujaba en la distancia, con sus casas bajas, la iglesia de adobe y el sonido lejano de las carretas en la plaza. No era un pueblo grande, pero cada piedra y cada calle guardaban recuerdos. Recuerdos de Francisca. Recuerdos de la traición.

Y recuerdos de la muerte.

El aire olía a tierra seca y sudor, a cuero viejo y a promesas que nunca se cumplieron. El sol se desangraba en el horizonte cuando Juancho y el tucumano cruzaron la calle empedrada de San Lorenzo. No se detuvieron en la plaza ni en la iglesia. No tenían tiempo para rezar por las almas que la guerra se había llevado. Se dirigieron directamente a la taberna para saciar su sed por el largo viaje.

La taberna estaba casi llena cuando empujaron la puerta de la taberna. Un murmullo recorrió el lugar como un escalofrío. Adentro, la penumbra estaba espesa de humo y murmullos. El sonido de los dados golpeando una mesa y el tintineo del singani en las copas llenaban el aire. Los parroquianos dejaron de hablar por un instante, sus miradas cargadas de sospecha y curiosidad.

Apenas Juancho puso un pie dentro, el bullicio se apagó poco a poco, como si la presencia de un muerto hubiese cruzado el umbral. Algunos se llevaron las copas de vino a los labios sin dejar de observarlo. Otros desviaron la vista, como si temieran lo que estaba por suceder.

Juancho no hizo caso. Caminó con paso firme hasta el mostrador.

—Dame un singani —dijo con voz áspera.

Doña Pascuala, detrás del mostrador, entrecerró los ojos y sirvió la copa con la misma lentitud con la que se acaricia una vieja cicatriz.

—Mucho tiempo sin verte, Juancho —dijo, su voz cargada de algo más que simple nostalgia.

—Demasiado —respondió él, tomando el vaso.

Antes de que pudiera beber, una voz retumbó desde una mesa cercana.

—¡Mirá vos, si no es el gran Juancho Aramayo, el prófugo más famoso de San Lorenzo!

Juancho giró lentamente la cabeza.

Pedro "Pata de Llama" Zambrana lo observaba desde la sombra de su sombrero, con la misma ironía con la que un hombre recuerda una vieja deuda.

Juancho sonrió de lado, sin sorprenderse.

—Putá madre, Pedro, pensé que ya te habías muerto.

Pedro se reclinó en su silla, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Casi. Pero parece que vos tenías más chances que yo. Juraba que habías muerto en Orán —dijo Pedro, estirando las piernas y apoyando una bota sobre la mesa.

Juancho tomó su trago de un golpe y dejó el vaso sobre la madera con un ruido seco se acercó a la mesa de Pedro y golpeó la madera con los nudillos.

—Doña Pascuala, traiga otro singani aquí.

La mujer lo miró con la misma expresión con la que se observa a un hijo descarriado que vuelve a casa después de años de andanzas. Le llevó el trago sin decir palabra.

Pedro lo estudió desde su rincón y, sin perder la sonrisa burlona, soltó:

—Dicen que traicionaste a los tuyos por plata, Juancho. Que te vendiste para poder casarte con Francisca.

Juancho se quedó en silencio un instante, saboreando el ardor del singani en la garganta. Luego se rió, con una risa áspera y sin prisas, como si el recuerdo que venía a su mente fuera tan dulce como el jugo de un durazno maduro.

—Ay, Pedro —dijo, mirando a su amigo con una sonrisa burlona—, sigues igual de tonto que cuando te trepaste a la cima del duraznero de los Figueroa.

Pedro frunció el ceño, pero una sonrisa asomó en los labios, como si no pudiera evitar recordar aquella travesura de la infancia.

—Eran buenos duraznos —respondió, defendiéndose con orgullo.

Juancho se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—Sí, pero tenías que recolectarlos y bajarlos antes de comerlos— soltando una risa— llorabas porque no había cómo bajarte de ahí por empachado.

Pedro chasqueó la lengua y se inclinó hacia él, con una mirada seria que contrastaba con la ligereza del momento.

—No cambies de tema, carajo —dijo, bajando la voz y apoyó la copa sobre la mesa—. Si lo hiciste por Francisca, sos más idiota de lo que pensaba.

Juancho lo miró fijamente y apoyó la copa sobre la mesa.

—¿Acaso me ves casado con ella?

Pedro lo estudió por un momento. Juancho no tenía esposa, ni casa, ni fortuna. Solo cicatrices y una lista de enemigos que querían verlo muerto.

El silencio se quebró, y la tensión se disipó en un murmullo de voces y el sonido de copas chocando.

Pero Juancho sabía que esto no terminaba ahí.

Pedro aún tenía dudas.

Juancho dejó la copa sobre la mesa con un golpe seco.

—Nunca traicioné a nadie, Pedro. Lo que pasó en el ataque a Tarija del año pasado no fue culpa mía.

El rostro de su amigo se endureció.

—Si no fuiste vos, entonces ¿quién mierda fue? Porque nos emboscaron. Nos esperaban.

Juancho se inclinó sobre la mesa, sus ojos oscuros brillando con fiera.

—Cuando la batalla de el ataque a Tarija del año pasado se libró, yo estaba allí. Pero antes de comenzar José María Avilés me había dado otra misión de emergencia.

Pedro frunció el ceño.

—¿Avilés?

—Sí, él mismo, recibió instrucciones de Francisco de Uriondo para ahogar a los realistas. Después me quede el resto del año con él y así Güemes pelea en Salta, y con Avilés hacemos la resistencia acá en los valles.

Pedro asintió.

—Lo conozco. Dicen que hasta los realistas lo respetan.

Juancho pasó una mano por su cara, fatigado.

—Él me envió a interceptar antes del ataque a otra caravana de provisiones que venía desde el Alto Perú por Yavi para reforzar a las tropas realistas en el sur. No fue un encargo menor. Si yo hubiese estado en el ataque a Tarija del año pasado, quizás habría muerto con los demás.

Pedro exhaló despacio, frotándose la barbilla.

—Y Avilés puede dar fe de eso.

—Si alguien le pregunta, sí. Pero ¿vos creés que alguien va a preguntarle?

Pedro entrecerró los ojos, observándolo con una mezcla de duda y vergüenza.

—De todos modos, por eso estoy aquí, quiero reunirme con Eustaquio Méndez.

Cuando la taberna volvió a llenarse de ruido y conversación, Pedro se acercó a Juancho y le habló en voz baja.

—Se dice que hay alguien detrás de tu cabeza, Juancho. Un sicario.

Juancho no se inmutó.

—¿Quién?

Pedro negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero quien sea, está cerca. Y no creo que te dé tiempo de explicarte antes de que te metan un tiro entre ceja y ceja.

Juancho apretó los dientes.

—El que debería estar muerto es mi primo Ignacio —murmuró—. Él armó esta mierda.

Pedro lo miró de reojo.

El momento se rompió cuando doña Pascuala se acercó al mostrador, sus faldas arrastrando polvo en el suelo de madera.

—Dejense de pelear como caranchos, que hay cosas más importantes que esas guerras de hombres.

Pedro se cruzó de brazos.

—¿Y qué puede ser más importante?

Doña Pascuala resopló y lo miró de reojo a Juancho.

—Francisca Fernández sigue esperando respuestas.

Juancho apretó la mandíbula. El nombre le cayó como un filo en el estómago.

—¿Todavía habla de mí?

—No con palabras bonitas.

Pedro rió por lo bajo.

—Dicen que lo que más odian las mujeres es que las dejen sin razón.

Juancho no respondió. Porque él tenía razones. Demasiadas.

Pero el destino no le dio tiempo de procesar más. Pedro levantó la vista y entrecerró los ojos hacia el fondo de la taberna.

—Carajo... —murmuró—. Ese tipo me suena de algún lado.

Juancho giró la cabeza y vio a Joaquín, tranquilo, con la seguridad de alguien que no necesita demostrar nada.

Pedro lo miró con suspicacia.

—¿Quién mierda es?

Juancho sonrió.

—Él me salvó la vida hace unos días, estuvo con nosotros en la Batalla de Suipacha.

Juancho tomó la copa, sin prisa.

Pedro volvió a mirar al tucumano, frunciendo más el ceño. Lo reconoció. Pero a él no le gustaba ampliar amistades. En esos tiempos, nadie confiaba en extraños.

Y menos en los que llegaban cuando las sombras se volvían más largas.

Capítulo 7 – La sombra del ayer

El viento arremolinaba el polvo de las calles cuando Juancho y Pedro partieron de San Lorenzo rumbo a Tarija. El tucumano pidió quedarse para concretar la reunión con Mendez. El Sol apenas quería salir, pero Juancho conocía esos senderos como las cicatrices de su cuerpo.

Pedro cabalgaba en silencio, su mente todavía atrapada en la revelación de la noche anterior. No confiaba del todo en lo que Juancho decía, pero tampoco podía ignorar la firmeza de su voz cuando habló de Avilés.

El pueblo apareció ante ellos con la calma engañosa de la madrugada. Tarija dormía, pero los que habían jurado venganza contra Juancho, no.

Cuando desmontaron en la plaza de San Roque, Pedro soltó un resoplido.

—Si la mitad de lo que dicen de vos es cierto, mejor nos cuidamos las espaldas.

Juancho sonrió con amargura.

—Vos siempre fuiste más cabal que yo, Pedro. Por eso nunca te metiste en problemas que no eran tuyos.

—Y sin embargo, aquí estoy, metido en los tuyos.

El sol ya calentaba sobre Tarija, pintando de dorado las paredes encaladas de las casonas y pisando las sombras en las calles de piedra. El aire traía consigo el aroma de la tierra caliente y el murmullo del mercado cercano. Juancho caminaba despacio, sintiendo el peso de cada paso, como si el suelo mismo le reclamara su ausencia.

Pedro lo seguía de cerca, observándolo de reojo. Sabía que su amigo no era el mismo que dejó este pueblo años atrás. Algo en su andar, en la manera en que sus ojos recorrían cada rincón, lo delataba. No era solo nostalgia lo que sentía, era otra cosa... algo más profundo.

—No sé qué es peor —murmuró Pedro—, si volver a casa después de tanto tiempo o enfrentar a los fantasmas que dejaste atrás.

Juancho no respondió. Sus ojos se clavaron en la imponente estructura de la Iglesia de San Roque, su fachada destacándose contra el cielo límpido. Recordaba bien ese lugar. En sus días de juventud, solía espiar a Francisca desde la plaza de la iglesia mientras ella entraba a misa, vestida con sus mejores galas.

Pero no era nostalgia lo que lo llevaba allí esta vez.

Justo en la entrada, un hombre vestido con ropas elegantes y porte altivo conversaba con un clérigo. Sus gestos eran pausados, calculados. Juancho se detuvo en seco.

—¿Lo conoces? —preguntó Pedro.

Juancho asintió apenas.

—Antonio de la Torre. Comerciante. Hombre de buenas relaciones con los realistas.

Pedro gruñó.

—Entonces no es alguien con quien deberíamos perder el tiempo.

Pero Juancho no le hizo caso. Se acercó con paso firme, sintiendo la mirada inquisitiva de De la Torre posarse sobre él.

—Vaya, vaya... —dijo el comerciante con una sonrisa tensa—. Creí que estabas muerto, Juancho.

—Aún no —respondió él, cruzándose de brazos—. Pero parece que algunos lo quisieran.

De la Torre rió suavemente, pero sus ojos no mostraban diversión.

—Tarija no olvida fácilmente, mi amigo. Y menos los que tienen memoria larga.

—¿Y vos, Antonio? ¿Cómo anda la lealtad en estos tiempos?

El comerciante entrecerró los ojos.

—Depende. La lealtad es como el comercio... cambia según la conveniencia.

Pedro resopló.

—Bah. Siempre fuiste un hombre de negocios, ¿eh?

—Así es —dijo De la Torre—. Y vos siempre fuiste un hombre de impulsos, Pedro. Cuidado con las malas decisiones.

Juancho lo ignoró. No había tiempo para juegos de palabras.

—¿Sabés algo de Ignacio Rodríguez?

De la Torre alzó una ceja.

—¿Después de tanto tiempo venís a preguntar por él? Qué curioso... La última vez que oí su nombre, no era de tus mejores recuerdos.

El comentario lo enfureció, pero Juancho no lo dejó ver.

—No vine a discutir. Solo quiero saber dónde está.

El comerciante lo miró con algo que parecía ser lástima.

—No necesitás buscarlo. Tarija es pequeña. Si no te encuentra él primero, lo harás vos.

Juancho apretó la mandíbula.

—Entonces, que así sea.

Sin decir más, se dio media vuelta y se marchó, dejando a De la Torre con su enigmática sonrisa.

Pedro lo siguió, sacudiendo la cabeza.

—Ese cabrón juega para su propio beneficio. Se sospecha que aún tiene negocios con los realistas de Potosí. No entiendo por qué le hablaste.

Juancho no respondió. Su mente estaba en otro lado.

El mercado de Tarija hervía de actividad. Las vendedoras gritaban sus ofertas, el olor a frutas maduras y especias se mezclaba con el aroma de las carnes asadas y el pan recién horneado. Entre la multitud, Juancho reconoció un rostro familiar.

Tomasa.

Estaba más vieja, más cansada, pero sus ojos aún conservaban el brillo astuto de siempre. Vestía con sencillez, un pañolón cubriéndole los hombros mientras regateaba con una mujer por un puñado de maíz.

Juancho se acercó con cautela.

—No has cambiado nada, Tomasa.

La mujer se giró bruscamente. Sus ojos se abrieron con sorpresa... y luego con rabia.

—¡Maldito seas, Juancho! —soltó, alzando una mano como si quisiera darle un golpe—. ¿Con qué cara volvés después de todo?

Él atrapó su muñeca antes de que lo golpeará, aunque no hizo fuerza.

—Con la única cara que tengo.

Tomasa forcejeó, pero luego lo miró más de cerca. Su rabia se transformó en otra cosa.

—Pensé que nunca te volvería a ver...

Juancho asintió.

—Yo también.

Ella suspiró, soltándose de su agarre.

—Si estás aquí, es porque querés verla.

No necesitaba preguntar de quién hablaba.

—Sí.

Tomasa lo miró largo rato, como evaluándolo. Luego sacudió la cabeza.

—Está en su casa. Pero no esperés una bienvenida cálida, Juancho. No después de lo que pasó.

Juancho sintió un nudo en el estómago, pero no se dejó amedrentar.

—Eso lo veré por mí mismo.

Tomasa suspiró.

—Allá vos. Pero que Dios te ayude.

El camino hacia la casa de Francisca se sintió más largo que todos los años que había estado lejos. Cada paso lo acercaba a un pasado que intentó enterrar, a una historia inconclusa.

Cuando llegó, la casa estaba igual que siempre. Las paredes blancas, la gran puerta de madera oscura... Pero algo en el aire se sentía distinto.

Se detuvo frente a la puerta. Su corazón latía rápido. Se sintió como un muchacho otra vez, como aquel joven que solía treparse a los muros para verla a escondidas.

Respiró hondo. Levantó la mano.

Golpeó.

Un latido.

Dos.

Tres.

Silencio.

Luego, el sonido de pasos acercándose.

La puerta se abrió lentamente.

Y allí estaba ella.

Francisca.

El tiempo no la había cambiado tanto, pero sus ojos... sus ojos ya no eran los de la muchacha que él recordaba. Eran los de una mujer que había aprendido a vivir con una herida abierta.

Sus labios se separaron apenas, como si quisiera decir algo... pero solo el silencio habló por ellos.

Juancho tragó saliva.

—Hola, Francisca.

Ella no respondió.

Solo lo miró. Francisca nunca había pensado que lo volvería a ver. Años de rabia y dolor se revolvían en su pecho, y sin embargo, ahí estaba, más real que nunca. ¿Cómo se atrevía a regresar?

Y en esa mirada había todo el peso de los años perdidos.

La puerta se cerró detrás de Juancho con un sonido seco. La casa de Francisca olía a madera vieja y a perfume de jazmín, un aroma que le despertó recuerdos enterrados. La penumbra del salón envolvía su silueta con sombras danzantes, pero él no apartó la vista de ella ni un instante.

Francisca respiraba con dificultad. Se mantenía firme, con los puños apretados a los costados de su vestido, como si temiera moverse demasiado. Pero sus ojos... sus ojos oscuros y profundos estaban clavados en él con una mezcla de rabia, confusión y algo más.

—Has cambiado —susurró ella, con voz áspera.

Juancho dio un paso adelante, seguro, dominante.

—¿Y vos? —replicó con una media sonrisa—. Sigues tan hermosa como el día en que te dejé.

Ella frunció el ceño y desvió la mirada.

—No juegues conmigo, Juancho.

—¿Quién está jugando? —susurró él.

Se acercó otro paso. Ella retrocedió instintivamente, pero su espalda chocó contra la pared. Juancho la tenía acorralada. Su aliento caliente acarició su piel cuando inclinó el rostro hacia ella.

—Tantos años —murmuró—, y todavía me esquivas como aquella noche en la fiesta de San Roque.

Francisca apretó los labios.

—Vos te fuiste. No me vengás con recuerdos.

Juancho entrecerró los ojos. Sin previo aviso, llevó la mano a la cintura del vestido de ella y, con un tirón firme pero sin violencia, desató el cinturón de tela. Francisca dejó escapar un jadeo.

—¿Qué hacés?

—Recordándote que nunca me olvidaste —susurró él.

Tiró del cinturón, atrayéndola bruscamente contra su pecho. Sus cuerpos chocaron con fuerza, el calor de él envolviéndola por completo. Su mano se deslizó a la base de su cuello, obligándola a alzar la barbilla. Sus labios apenas rozaron los de ella, provocadores, exigiendo una rendición silenciosa.

Francisca tembló.

—Maldito seas, Juancho...

Él sonrió contra su boca.

—Ya lo estoy.

Y la besó.

El tiempo pareció estallar en mil fragmentos cuando sus labios se encontraron con un hambre contenida por años. Francisca se aferró a su camisa, empujándolo y atrayéndolo al mismo tiempo, perdida entre el deseo y la furia. Juancho profundizó el beso, su lengua deslizándose con dominio sobre la de ella, reclamando lo que una vez fue suyo.

Las manos de él se movieron con decisión, recorriendo las curvas que aún conocía de memoria, explorando la piel oculta bajo la tela con una mezcla de ternura y urgencia. Francisca jadeó contra su boca cuando sintió su tacto en la piel desnuda de su espalda.

—Juancho...

Su nombre en los labios de ella lo encendió aún más. Sin soltarla, la alzó en brazos y la llevó hacia el interior de la casa, dejando que la noche cerrara el capítulo de su separación.

Horas después...

El cuerpo de Francisca aún estaba enredado con el suyo, sus cabellos desordenados sobre su pecho. Pero la paz de ese instante se rompió con su voz.

—Fuiste un maldito cobarde, me pediste la mano, teníamos que casarnos y luego desapareciste.

Juancho abrió los ojos lentamente.

—¿De qué hablás?

Ella se incorporó sobre un codo y lo miró con amargura.

—Te fuiste de Tarija y pueblo por pueblo te acostaste con cuanta mujer te abría las piernas.

Él suspiró.

—No fue así, Francisca.

—¿No? —se burló—. ¡Por Dios, Juancho! Yo conozco a los patriotas. Están de pueblo en pueblo, con un discurso pero con varias intenciones.

Él la miró fijamente.

—Fui un idiota. Pero nunca te engañé con mentiras.

Ella apartó la mirada.

—Quizás. Pero no fue solo eso lo que hiciste.

Juancho sintió el peso de sus palabras antes de que salieran de su boca.

—Mataste a mi tío.

El aire se volvió pesado.

—Sí —dijo él, sin rodeos.

Francisca sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Lo admitís así, sin más?

Juancho se incorporó, pasándose una mano por el rostro.

—Escuchame bien. Nunca quise matarlo. Pero él y tu padre me traicionaron.

Juancho apoyó los codos sobre sus rodillas y bajó la mirada, dejando que las sombras de la habitación cubrieran la dureza en su rostro. Francisca no apartaba los ojos de él, esperando. Exigiendo la verdad.

Respiró hondo y comenzó:

—No sé cómo lo supieron, pero tu padre y tu tío ya me estaban esperando. Salí de la taberna sin sospechar nada, pero apenas doblé la esquina me acorralaron en un callejón de subida. No tenía adónde correr. Lo primero que pensé fue que querían matarme ahí mismo... pero no. Querían entregarme a los realistas.

Francisca cerró los ojos un instante, como si el solo hecho de imaginarlo la hiriera.

—Tu tío fue el que me agarró primero. Me dio la vuelta con un empujón contra la pared y empezó a registrarme. Sabían que yo iba armado. Pero eran estúpidos... No sabían que soy zurdo.

Juancho dejó escapar una risa amarga.

—Buscó en mi bolsillo derecho y no encontró nada. Yo esperé, callado, con el corazón latiéndome en los oídos. Cuando levantó la vista para mirarme con desconfianza, le dije: “Está en el otro bolsillo”. Y en el segundo en que se movió para cambiar de lado, le metí un cabezazo hacia atrás con toda la fuerza que tenía.

Francisca dio un pequeño respu. .

—Escuché cómo su nariz crujió. Tropezó dos pasos hacia atrás, llevándose las manos al rostro mientras la sangre le brotaba entre los dedos.

—Juancho...

—No había terminado —continuó él, su voz más grave—. En cuanto tu tío se tambaleó, aproveché para sacar la pistola. Tu padre intentó sujetarme, pero yo ya estaba listo. Le metí un golpe con la culata de mi arma en la sien y lo hice caer de rodillas.

Francisca llevó una mano a su boca.

—Entonces miré a tu tío. Se había caído de espaldas por la calle empedrada... y lo vi.

Se frotó la cara con ambas manos, como si intentara borrar el recuerdo.

—No se movía. Me acerqué. La caída lo había matado.

La habitación quedó en silencio, pesado, denso como el aire antes de una tormenta.

—Mi padre... ¿qué hizo? —susurró Francisca.

Juancho dejó escapar una risa seca.

—Tu padre, astuto como un zorro. Sabía que yo no podía dejar testigos. Así que, en cuanto entendió lo que pasaba, me miró y me dijo: “Qué desgracia... Sé que no fue tu intención

asesinarlo. Déjame que yo diga que se cayó solo con mala fortuna o márame aquí mismo... y verás que toda la ley te buscará por la muerte de dos buenos ciudadanos”.

Francisca sintió que el aire le faltaba.

—¿Y qué hiciste?

Juancho la miró directo a los ojos.

—Era tu padre, Francisca. Sabía que, si lo mataba, nunca me lo perdonarías. Así que acepté su trato.

El silencio se extendió entre los dos, tenso como la cuerda de un laúd a punto de romperse.

—Pero me engañó —agregó Juancho, con los dientes apretados—. Al día siguiente, ya me estaban buscando por asesinato. No tuve opción. Tuve que huir. Me recluté con Méndez para luchar en Suipacha... y nunca más volví.

Francisca sintió que su pecho se encogía de dolor.

—Dijeron que fue un asalto y que le robaste su cofre con oro—murmuró—

—Mentira.

Ella apartó la mirada. El vacío que dejó su silencio fue peor que cualquier grito.

Juancho se tensó.

—Nunca vi ningún cofre.

Ella cerró los ojos.

—Por Dios... Toda mi vida creí que te habías llevado la fortuna de mi familia.

Él tomó su mano.

—Nunca.

Francisca exhaló con cansancio.

—Tu primo Ignacio estuvo aquí hace poco. Llegó desde Potosí preguntando por vos.

Juancho se tensó.

—¿Ignacio?

—Sí.

Juancho maldijo por lo bajo.

—Ese cabrón...Yo heredé un terreno cerca de Tupiza, pero él lo quiere para poner una mina.

Francisca lo miró con intensidad.

—Y no es el único que está detrás tuyo. Pedro también está moviendo sus propias piezas.

Juancho frunció el ceño.

—Pedro es mi amigo.

—¿Ah, sí? ¿Y sabés lo que dice de la traición en el ataque a Tarija del año pasado?

Juancho se quedó en silencio.

—¿Y qué más?

Ella lo miró con algo de crueldad.

—Pedro quiere algo que es tuyo. Quiere tu reputación. Quiere tu lugar en la independencia. Quiere ser el que se lleve la gloria, no vos.

Juancho negó con la cabeza.

—No seas ridícula, Francisca.

—¡Siempre confiando en la gente equivocada, Juancho! —lanzó ella, furiosa—. ¡Siempre poniéndote en manos de quien te va a traicionar!

Juancho sintió la sangre hervirle.

—¿Y qué querés que haga? ¿Que mate a Pedro?

Francisca lo miró desafiante.

—Hacé lo que querás. Pero después no llores cuando te clave un puñal en la espalda.

Se miraron con rabia contenida. Hasta que ella respiró hondo y preguntó:

—¿Qué vas a hacer ahora?

Juancho se puso de pie y se abrochó la camisa.

—Seguir con mi lucha. La patria me necesita.

Francisca sintió que su corazón se rompía una vez más.

—Siempre vas a elegir la guerra antes que a mí, ¿verdad?

Él no respondió.

Francisca tragó en seco.

—Entonces vete.

Juancho la miró una última vez.

Y se fue, dejando atrás el único amor que jamás pudo olvidar.

Capítulo 8 - El duelo en la cantina

Juancho cabalgó por las sendas oscuras de San Lorenzo con el alma hecha trizas. El viento frío de la sierra le golpeaba el rostro, pero nada podía aplacar el ardor de su pecho. Se había ido, había dejado atrás a Francisca, al amor de su vida, con la amarga certeza de que nunca volvería a tocarla.

El camino de regreso lo hizo en silencio, con la cabeza gacha y los ojos clavados en la tierra seca, como si buscara en el polvo las respuestas que su corazón le negaba. Al entrar al pueblo, la noche lo recibió con un aire espeso de incertidumbre. Pasó frente a la iglesia, la plaza y el viejo almacén, hasta que sus pasos lo llevaron a la única guarida que un hombre roto podía buscar: la taberna.

La taberna, el refugio de los condenados.

Adentro, el ambiente era el mismo de siempre. Chicheras sirviendo, borrachos peleándose con su sombra y los gauchos sentados en penumbras, con los sombreros calados y las manos cerca del facón. Pero nada de eso le importó a Juancho. Solo quería apagar el ardor que le quemaba el alma.

Se dejó caer en una mesa al fondo y pidió un trago. El aguardiente bajó como fuego, pero no fue suficiente.

—Mirá vos, el hombre vuelve a casa —la voz de Pedro cortó el aire como una navaja.

Juancho alzó la vista. Su viejo amigo estaba ahí, apoyado en la barra, con los brazos cruzados y la mirada entrecerrada. No parecía enojado, pero tampoco feliz. Había algo en él, algo que no cuadraba.

—Pedro... —Juancho suspiró—. No estoy de humor para broncas.

Pedro se acercó, arrastrando las botas con calma. Se sentó frente a él, pero no pidió trago.

—Se te ve raro, hermano —dijo, observándolo con sospecha—. Como si hubieras dejado algo allá, en Tarija.

Juancho desvió la mirada.

—No es nada.

Pedro chasqueó la lengua.

—No me jodas, Juancho. Algo te pesa.

El silencio se hizo un muro entre ellos. Juancho sintió la necesidad de hablar, de decirle la verdad: que Francisca lo había traicionado, que la había dejado atrás con el alma hecha girones. Pero no pudo. Lo que lo detenía no era orgullo ni miedo. Era otra cosa.

Y Pedro lo sintió.

El gaucho apoyó los codos en la mesa y lo miró fijo.

—Hoy en la mañana te vi con el comerciante. Ese hijo de puta simpatiza con los realistas. Y vos te acercaste a él con toda la tranquilidad del mundo.

Juancho alzó las cejas, sorprendido.

—¿Y qué?

Pedro apretó los dientes.

—¿Y qué? —repitió, con un brillo peligroso en los ojos—. ¿Vos creés que no nos vigilan? ¿Que no nos tienen marcados? Ese tipo podría haberte vendido en un parpadeo.

Juancho iba a responder, pero un estruendo interrumpió la conversación.

¡BAM! BAM! BAM!

Alguien golpeaba la puerta con violencia.

¡Abran en nombre del rey!

El caos se desató en un instante.

La puerta explotó hacia adentro, derribada por un grupo de soldados realistas con bayonetas en mano. La taberna estalló en un griterío de sillas rotas, botellas volando y facones desenvainados.

Y Pedro no dudó.

En medio del tumulto, con el choque de espadas y disparos retumbando en el aire, Pedro se giró hacia Juancho con la furia pintada en el rostro.

—¡Qué raro, eh, Juancho! ¡Llegás y los realistas saben exactamente dónde atacarnos!

Juancho apenas tuvo tiempo de reaccionar. Pedro se le lanzó encima, empujándolo con la fuerza de un toro.

Rodaron por el suelo, golpeándose con fiereza, olvidándose del enemigo que los rodeaba. Pedro le pegó un puñetazo en la mandíbula, Juancho respondió con un codazo al estómago.

—¡Hijo de puta! —gruñó Pedro—. ¡Decime la verdad! ¿Nos vendiste?

Juancho lo tomó por el poncho y lo volteó con violencia, dejándolo abajo.

—¡No me rompas las pelotas, Pedro! ¡Yo no traiciono a los míos!

Pero antes de que pudiera terminar la pelea, un rifle se descargó detrás de él.

¡CRACK!

El golpe lo alcanzó en la nuca. Juancho sintió cómo la sangre le bajaba caliente por el cuello antes de desplomarse al suelo.

El realista que lo había atacado levantó su arma, apuntando directo a su cabeza.

—Se acabó para vos, hijo de perra.

Pero la muerte no llegó.

Un disparo sonó.

El soldado cayó hacia atrás con un agujero en el pecho.

Y ahí, en la penumbra, con el humo saliendo del cañón de su pistola, estaba Joaquín, el tucumano.

Juancho, tambaleante, trató de incorporarse.

—¿Otra vez vos, la puta que te parió?

Joaquín sonrió con sorna.

—No te aburres vos eh?

Juancho no tuvo tiempo de responder. Entre el caos, una sombra se deslizaba por la parte trasera de la taberna.

Pedro y Juancho, aún jadeando por la pelea, lo vieron al mismo tiempo.

Ignacio.

El primo de Juancho escapaba entre las sombras.

Juancho apretó los dientes.

—Hijo de puta...

Pero Ignacio ya estaba corriendo.

Capítulo 9 - El Último Engaño

La sangre y la traición olían igual en el aire.

Juancho respiraba agitado, con la rabia atravesándole el pecho como un hierro candente. La cantina había quedado atrás, con sus ecos de balas y gritos, pero la batalla todavía latía en su carne.

Joaquín lo levantó del suelo con una fuerza que no parecía propia de un hombre de su talla.

—Tu primo se te escapa, carajo. ¿Vas a dejar que se raje como rata?

Juancho no necesitó más.

Con un quejido, se subió al caballo y espoleó con furia.

La noche se abría ante él como un abismo.

Joaquín lo seguía de cerca, pero Juancho conocía esos campos como las líneas de su mano. En un giro brusco, entre las sombras de un algarrobo retorcido, se perdió de él.

Ahora estaba solo.

Y a la orilla del Guadalquivir, entre los reflejos plateados del agua y la brisa que susurraba como una advertencia, lo encontró.

Ignacio estaba allí.

Esperándolo.

El duelo

Los dos hombres se midieron en el silencio tenso de la madrugada.

Juancho apretó el mango de su cuchillo, sintiendo el ardor de su herida. Ignacio, por su parte, no podía creer que su primo hubiera llegado tan lejos. 'No voy a morir aquí', pensó Ignacio, buscando cualquier ventaja en el terreno

El primo de Potosí sonrió con sorna.

—Siempre fuiste un terco de mierda, Juancho.

Juancho no le respondió. Solo avanzó.

El combate estalló con la furia de dos bestias en celo.

Puños, cuchillos, patadas. Ignacio jugaba sucio.

Le arrojó tierra a los ojos.

Le clavó un rodillazo en el vientre.

Juancho escupió sangre, tambaleándose.

La hoja de Ignacio le cortó el brazo, luego el costado. Juancho se desplomó sobre la arena húmeda.

Apenas podía respirar.

Ignacio se alzó sobre él, riendo.

—Hijo de puta... —murmuró Juancho, con odio.

Su primo sonrió, levantando el cuchillo para rematarlo.

¡Disparo!

El estruendo rompió la noche.

El cuerpo de Ignacio se arqueó, sus ojos se abrieron desorbitados.

Luego cayó, con un agujero humeante en el pecho.

Juancho jadeaba, intentando incorporarse, el pecho subiendo y bajando como un bramido ahogado, mientras intentaba incorporarse, apoyándose en un codo tembloroso. Con los ojos nublados por el dolor y la rabia, clavó su mirada en Ignacio, que yacía a pocos pasos, la vida escapándosele a borbotones por la herida en el pecho.

—Ignacio —masculló, con voz ronca y entrecortada—, ¿para qué contrataste a ese maldito sicario si no te sirvió de nada?

Ignacio, con el rostro pálido y sudoroso, volvió lentamente la cabeza hacia él. Una mirada amarga, cargada de ironía y desdén, se le escapó de los labios, mezclándose con un hilo de sangre que le corría por la comisura de la boca.

—¿Sicario...? —susurró, con una voz que apenas llegaba a los oídos de Juancho—. Yo no contraté a ningún sicario, primo...

Y así, con esa frase suspendida en el aire como un último suspiro, Ignacio cerró los ojos y dejó de respirar. Su cuerpo se quedó quieto, inmóvil, mientras la noche parecía contener el aliento, como si el mismo destino hubiera decidido callar ante la revelación.

Juancho, aún tendido en el suelo, sintió que el mundo giraba a su alrededor. Las palabras de su primo resonaban en su mente, como un eco que no encontraba respuesta. ¿Quién, entonces, había puesto precio a su vida?

La silueta de Joaquín apareció sobre él, con la pistola aún humeante en la mano.

Pero su expresión no era la de un salvador.

Era la de un hombre que acaba de ganar una apuesta.

—Me debés la vida... otra vez —susurró Joaquín, sonriendo—. Ahora pagame lo que realmente quiero.

Juancho lo miró con el ceño fruncido, aún tratando de entender.

—¿Qué mierda decís?

Joaquín inclinó la cabeza, divertido.

—Tu primo no contrató ningún sicario.

Juancho sintió un escalofrío helado en la espalda.

—No...

—Sí.

Joaquín se agachó y lo agarró del cuello del poncho, levantándolo.

—Yo soy el sicario, carajo.

Juancho sintió la traición como una bofetada.

Joaquín se relamió los labios.

—Dónde está el cofre que te robaste perro?

Juancho apenas podía pensar.

Solo una persona sabía de ese cofre.

—Francisca... —susurró.

Joaquín sonrió.

Juancho se revolvió con furia, tratando de zafarse, pero el dolor lo dejó clavado en el suelo.

Joaquín lo pateó, haciéndolo rodar.

Luego, presionó el cañón de la pistola contra su herida.

—Decime dónde está el cofre, Juancho. O te vas de este mundo sin remedio.

Juancho escupió sangre.

No dijo nada.

Joaquín chasqueó la lengua, molesto.

—No te hagas el mártir, carajo.

Y le clavó el cuchillo en el vientre.

Juancho se arqueó de dolor, pero no gritó.

Joaquín gruñó, torciendo la hoja.

—Entonces morite, carajo.

Momentos antes, afuera de la cantina...

Francisca apareció en la calle como un fantasma, agitada, apurada en llegar a la cantina.

Pedro, que iba tras Juancho y Joaquín, se detuvo en seco al verla.

Ella estaba pálida, con los ojos desorbitados.

—¡Pedro! —gritó, corriendo hacia él—. ¡Juancho está en peligro!

Pedro frunció el ceño.

—¿Qué decís?

—Joaquín... Joaquín es el sicario, los vi hace unos minutos...

Pedro sintió que el corazón se le helaba.

—¿Juancho pasó por acá?

Francisca afirmó con la cabeza.

Pedro maldijo.

Espoleó el caballo y se lanzó a esa dirección.

Cuando llegó a la orilla del Guadalquivir, la escena le golpeó como un puño.

Juancho estaba en el suelo, su sangre oscureciendo la arena.

Joaquín estaba sobre él, el cuchillo todavía hundido en su carne.

Pedro no dudó.

Apuntó y disparó.

Joaquín se quedó quieto un instante. Luego cayó de espaldas, con la vida escapándosele en un hilo de sangre.

Pedro desmontó de un salto y corrió hacia Juancho.

—¡No, carajo... no!

Se arrodilló junto a él, lo levantó en sus brazos.

—Aguantá, hermano...

Pedro lo subió a su caballo y cabalgó de regreso al pueblo.

El viento silbaba como un lamento, y cada galope resonaba como un tambor fúnebre.

Cuando entró en la plaza, una figura corrió hacia él.

Francisca.

—¡Juancho! ¡Gracias, Pedrito, lo rescataste!

Pero cuando se acercó... lo vio.

Y su mundo se rompió en pedazos.

Juancho estaba muerto.

Francisca se derrumbó, temblando.

—No... —susurró, las lágrimas cayendo como lluvia—. Yo sabía que fue muy tarde... fue inútil...

Pedro la miró con ojos oscuros.

Se arrodilló junto a ella y, con voz grave, dijo:

—No fue inútil.

Francisca alzó la vista, temblorosa.

Pedro tragó saliva, sintiendo el peso de las últimas palabras de su amigo.

—Cuando llegué, aún estaba con vida...

Suspiró, y su voz se quebró un instante.

—Dijo: "Sabía que ibas a venir."

Epílogo - El narrador en la taberna

La taberna quedó en un pesado silencio.

La luz titilante de las velas apenas iluminaba los rostros de los presentes, sombras atrapadas en el tiempo. El aire, denso de humo y aguardiente, parecía pesar con cada palabra que el viejo Cumpa había soltado.

Los murmullos cesaron.

Todos esperaban un final, aunque ya sabían que no habría justicia ni alivio para ninguno de los protagonistas.

El narrador, con la voz rasposa y solemne, miró a los ojos a los presentes, como si en cada uno viera una advertencia que debía ser escuchada, no solo como historia, sino como un reflejo de la realidad que, tarde o temprano, caería sobre todos.

—Lo que no se sabe, amigos míos —dijo, con un tono que dejó claro que no hablaba solo de Juancho ni de su historia—, es que la traición nunca viene con la cara que uno espera. Ni el maldito destino da lo que uno cree merecer.

Algunos bajaron la mirada.

El viejo Cumpa tomó un sorbo de vino antes de continuar.

—Y esas calumnias que la gente lanza al viento, esas mentiras que se gritan sin pensar, nos siguen como sombras, sin descanso. Creen que alguien paga por ellas, pero lo que no entienden es que el verdadero precio de la traición y las mentiras lo paga siempre el que las profiere. Aunque tarde, aunque muy tarde. No importa cuánto corran, cuánto intenten escapar, el destino siempre los alcanza.

El silencio se hizo aún más denso.

Las copas fueron levantadas en respeto, pero sin alegría.

El viejo Cumpa dejó que sus palabras calaran en el aire, como un último suspiro antes de que la noche envolviera a todos con su manto pesado.

—Así que, ya lo saben, muchachos... el destino no perdona a los que juegan con él. Y las calumnias... las calumnias, esas, siempre encuentran la forma de regresar a su dueño, aunque se escondan tras mil máscaras.

Y con eso, el Cumpa se quedó callado, mirando el fondo de su copa, mientras la taberna volvía a sumirse en la sombra.

El eco de sus palabras flotaba en el aire.

Como un recordatorio de que, tarde o temprano, el destino siempre ajusta cuentas.

Fin.